

quedó maravillado ni horrorizado por esta aparición ; estaba ya acostumbrado á semejantes visitas de los espíritus celestiales : esta es la observación que hace el monje Cirilo. Se levantó colmado el corazón de alegría, se fué á la celda de Juan, y le dijo abrazándole con ternura : « Oh mi padre Juan ! vós me habéis ocultado la gracia que Dios os ha hecho, pero él me la ha manifestado. » — « Ah, Padre mio ! le respondió el bienaventurado Juan, eso que me decís me aflige en extremo. Yo descaba no ser conocido, y hé aquí que yo me veré obligado á abandonar esta morada. »

San Sabas le suplicó que no se moviese, y le prometió en presencia de Dios que jamás descubriría su secreto. Entonces Juan se encerró aún más estrechamente en su celda y á nadie habló, exceptuando aquél que le traía lo que necesitaba. De ella no salió más que una vez para saludar al patriarca Elías, quien había ido á la laura por la dedicación de una nueva iglesia que habían construido cerca del monasterio ; y este patriarca aprovechó esta ocasión para tener con él un coloquio de piedad, en el cual reconoció aún más los dones de sabiduría y de prudencia que Dios había depositado en él ; lo que se lo hizo en extremo amado, y le inspiró sentimientos de estima y veneración, de que le dió pruebas todo el tiempo de su pontificado.

Hacia cuatro años que vivía en este riguroso silencio, cuando algunos monjes de la laura excitaron con sus murmuraciones y su indocilidad, las perturbaciones de que hemos hablado en la vida de san Sabas que obligaron á este Santo á retirarse á Esitópolis : san Juan contaba entonces cincuenta años. Estas agitaciones tan opuestas á su tranquilidad, también le determinaron á abandonar su celda y retirarse en el desierto de Rubán. Allí pasó seis años separado del comercio de las criaturas y todo ocupado de la contemplación, en la cual procuraba elevarse cada día más á Dios. Apenas salía una vez cada tres días de la caverna

en la cual se estaba retirado, para nutrirse de manzanas silvestres, ó de algunas raíces que había en esta soledad. Una vez se extravió y se engolfó en unos precipicios, de donde no sabía como salir ; de modo que habiendo andado largo tiempo errante sin encontrar el camino de su caverna las fuerzas de faltaron casi enteramente. En este desfallecimiento extremo en que se hallaba se dirigió á Dios, y de momento fué trasportado, como el profeta Habacuc, á su caverna, sin saber como esto se había verificado. Más tarde, habiendo conocido mejor esta soledad, comprendió que el sitio de donde había sido trasportado distaba cinco millas de esta cueva.

Un hermano fué á su desierto, y le rogó que le permitiera morar con él. Él le recibió con caridad ; pero este hermano se disgustó poco tiempo después de su retiro, y le instó á aprovecharse de la fiesta de Pascua para volver á la laura ; tanto más, le decía, cuanto que en este lugar no hay más que frutos silvestres y malos que no se pueden comer, y nosotros estamos reducidos á la mayor necesidad. Pero le bastó á san Juan saber que san Sabas no estaba en la laura para, no volver á ella. « Permanezcamos aquí en paz, hermano mio, le dijo, y confiemos en el Señor. Él nutrió, por espacio de cuarenta años, á seiscientos mil hombres en el desierto ; él nos ha prometido en la Escritura no abandonarnos ; él nos ha recomendado que no estemos solícitos por nuestras necesidades, que son conocidas de nuestro Padre celestial ; y que si nosotros cuidamos de buscar el reino del cielo, él proveerá á todo lo demás. ¿ Porqué, pues, hijo mio no sufriremos con paciencia, y preferiremos una vida cómoda á la vida penitente que aquí llevamos ? ¿ Ignoráis que buscando las comodidades en este mundo, uno se prepara á los suplicios en el otro, y que sufriendo los males presentes uno se hace digno de los bienes futuros ? »

Estas palabras no penetraron en el corazón de este her-

mano; quien fastidiado de su soledad, tomó la resolución de retirarse. Apenas lo hubo verificado, cuando un desconocido se presentó á Juan, conduciéndole un asno cargado de provisiones, que le dejó y se volvió enseguida. Mientras tanto el hermano que había querido volver á la laura, en el camino se extravió, y volvió á él tres días después extenuado de hambre y de cansancio. Encontró en su caverna estas abundantes provisiones que la providencia le había enviado, y movido de arrepentimiento por su desconfianza, se arrojó á sus piés y le pidió perdón. El Santo, lleno de caridad, excusó en él la fragilidad humana, lo levantó, y le dijo: « ¿ Comprendéis ahora, hermano mío, que Dios puede prepararnos una mesa en el desierto? »

Alamundar, gefe de los Sarracenos sometidos á los Persas, hizo en este tiempo una excursión por la Arabia y la Palestina, animado de furor contra los Romanos. Los bárbaros que combatían bajo sus auspicios se habían esparcido por los desiertos, en donde ya no había seguridad para los anacoretas. En este peligro con que san Juan se hallaba amenazado, los Padres de la grande laura le enviaron á decir que no se expusiera, y que volviera á ocupar su celda; pero el Santo había tan bien gustado las dulzuras de su soledad, que no pudo resolverse á abandonarla. Dijo en sí mismo: « ¿ Si Dios no toma cuidado de mí, que tengo de hacer viviendo más? » Se determinó, pues, á quedarse, abandonándose á los cuidados de la providencia; y bien pronto se vió que Dios lo había tomado bajo su protección particular, pues le envió un león de los más grandes y de los más terribles que había en estos desiertos, que día y noche dió vueltas al rededor de su celda y lo defendió de los insultos de estos bárbaros. La primera noche que el Santo se apercibió de este animal, sintió en sí mismo algún movimiento de temor; pero viendo el día después que no se alejaba y que hacía huir á los Sarracenos así que se presen-

taban, reconoció que Dios se lo había enviado expresamente para guardarle, y su temor se trocó en acción de gracias.

Habiéndose los bárbaros retirado, san Sabas, quien se había ido á Nicópolis y había fundado allí una nueva laura, se acordó de la visión que había tenido en la cueva, en donde Dios le había revelado la santidad y el carácter episcopal de nuestro Santo, y se fué á encontrarlo en su desierto para llevárselo con él á la grande laura. « El Señor, le dijo, os ha librado del furor de los bárbaros enviándoos un guardián que los ha puesto en fuga; venid, pues, ahora y no exijáis un nuevo milagro, temiendo exponeros á la tentación de la vanidad; sino huid como los otros Padres y venid á la laura. Así se lo llevó lo encerró en su celda como antes: contaba entonces cincuentiséis años.

Nadie sabía que fuese obispo, exceptuando el patriarca Elías y san Sabas. Más tarde queriendo Dios hacer conocer á los hombres el tesoro oculto que había encerrado en su siervo, lo hizo descubrir del modo siguiente. Eterio, arzobispo (no se dice de que ciudad), personaje por otra parte no menos respetable por su mérito personal que por su dignidad, desde el Asia pasó á Jerusalén para visitar los santos Lugares, y allí hizo grandes limosnas á los pobres y á los monasterios. Cuando después de haber satisfecho su piedad se hubo reembarcado para volver á su diócesis, fué sorprendido en su ruta por un viento contrario que le obligó á abordar en Ascalón con mucha pena. El viento cesó dos días después, y él quiso embarcarse de nuevo; pero en la noche un ángel le apareció en sueño y le dijo:

« Vos no podéis haceros á la mar que no hayáis ido antes á la laura del abad Sabas á ver al abad Juan el Silenciero, hombre justo, lleno de piedad y revestido como vos del carácter episcopal. El Señor ha puesto en él los dones celestiales que su humildad tiene ocultos, viviendo en un

perfecto desprendimiento de todas las cosas del mundo, y llevando una vida muy austera penetrado del temor de Dios y del deseo de poseerle. »

Eterio habiéndose despertado, no pudo dudar de que hubiese tenido una verdadera visión ; se fué diligente á la laura de san Sabas, relató á los Padres lo que Dios le había hecho conocer, y se hizo conducir á la celda del Santo. Se estuvo dos días con él, y le obligó á hacerle una relación circunstanciada de su vida. El humilde Juan, quien no había buscado más que ocultarse, se vió en la obligación de manifestar á este arzobispo lo que hasta entonces había tenido tan secreto. Eterio quedó sumamente maravillado, y exclamó : « Verdaderamente hay piedras santas que son bien pisoteadas en la tierra. » No se separó de su compañía más que para dar conocimiento á san Sabas y á sus Padres, de cuanto Juan le había declarado ; de suerte que toda la laura fué sabedora de su condición, del lugar de su nacimiento, de su episcopado, y de cuánto él era.

En este mismo año, que era sententiocho de su edad, y el veinticuatro después que se había encerrado en su celda, san Sabas dejó esta vida para ir á recibir al cielo la recompensa que Dios reservaba á sus méritos. El bienaventurado Juan quedó por ello tanto más afligido, cuanto que no había presenciado su muerte. Siempre lo había considerado como su padre, y no podía consolarse por haber sido separado de él. Habiéndose por fin dormido en su dolor, san Sabas se le presentó en ensueño diciéndole : « Cesad de afligiros, mi padre Juan ; pues, aunque estemos separados del cuerpo, sin embargo siempre estoy en espíritu con vos. » « Ah ! le respondió el bienaventurado Juan, rogad al Señor que también se me lleve. » — « Esto no puede ser por ahora, le replicó Sabas, porque la laura va á ser agitada por una grande tentación, y vos seréis en ella necesario para consolar y fortificar á los que deben combatir por la fé. » San

Juan, después de esta visión, cesó de llorar la muerte del santo abad, pero estuvo en grande cuidado por la tentación de que le había hablado.

Fué probablemente en ocasión de la muerte de san Sabas, cuando deseó saber como el alma se separaba del cuerpo, pues su historiador lo relata inmediatamente después. Lo pidió á Dios en su oración, y de momento se halló trasportado en espíritu á la iglesia de Belén, en la cual Dios le hizo ver en el vestíbulo á un santo hombre extranjero, que tendido en tierra se moría, y del cual habiendo los ángeles retirado el alma, la llevaban en triunfo al cielo con una melodía y un olor celestiales. Quiso convencerse de la verdad de esta visión, y en una hora se fué á Belén. Allí encontró efectivamente el cuerpo de este hombre en el sitio que Dios le había mostrado, y supo que había muerto á la hora misma en que había tenido la visión. Abrazó y besó con tierna veneración sus preciosos despojos, lo hizo sepultar en un sitio honorable y se volvió á su celda.

Tenía dos discípulos, uno de los cuales llevaba su nombre y el otro se llamaba Teodoro. El monje Cirilo dice haber aprendido de ellos la maravilla que vamos á referir. « Después de la muerte de san Sabas, le decían, el bienaventurado viejo Juan nos envió á Libia¹ por unas respuestas que aguardaba, y cuando hubimos pasado el Jordán, encontramos algunas personas que nos dijeron que tuviésemos cuidado, porque había un león en el camino por donde íbamos á pasar. De momento pensamos que Dios bien podría librarnos de él por las preces de nuestro santo abad, ya que hacíamos este viaje por orden suya ; y en esta confianza fuimos adelantando, cuando de momento vimos venir sobre nosotros este león, quien á pesar de nuestra

¹ La Libia de que aquí se habla, no es ni la de Africa, ni aquella de que habla Paladio en la Vida de san Macario, sino un desierto de Palestina.

buena resolución, nos causó un grande horror; pero en este momento nuestro santo viejo nos apareció y nos dijo que nada temiésemos. En efecto, este feroz animal huyó como si se le hubiese echado á latigazos, y nosotros proseguimos nuestro camino sin que nos acaeciese adversidad alguna. A nuestro regreso el Santo nos salió al encuentro y nos dijo: « ¿ Habéis visto como me he hallado entre vosotros en el peligro en que os habéis encontrado? Yo estaba aquí y rogaba por vosotros, y Dios ha tenido á bien haceros experimentar su misericordia. »

El monje Cirilo dice también que había aprendido de uno de sus discípulos, que durante muchos años no había comido más que pan, con el cual mezclaba cenizas del incensario. Este discípulo le sorprendió un día en este acto. El Santo, quien no quería más que á Dios por testigo, pareció afligirse por ello; pero él trató de consolarlo diciéndole: « No sois vos el único, Padre mío, que tiene esta práctica. Hay muchos Padres de esta laura que hacen lo que vos, para conformarse á estas palabras del Profeta: *« Yo comí la ceniza, lo mismo que el pan (Psal. 101). »*

El abad Eutatio, de quien hemos hablado en la vida de san Sabas, también refería á Cirilo que se halló en cierta ocasión atacado de una tentación de blasfemia muy violenta, la cual le obligó á recurrir á nuestro Santo á fin de que rogara á Dios le librara de ella. El lo hizo, y después que hubo concluido de orar, le dijo: « Dad gracias al Señor, hijo mío, pues no seréis más importunado por esta fastidiosa tentación. » Y en efecto, quedó libre de ella para siempre.

Pero hé aquí una maravilla semejante á aquella que hemos referido en la Vida de san Juan de Cicópolis, de quien ha hablado san Agustín, como lo hemos dicho en el mismo lugar. Una mujer llamada Basilina, originaria de Capadocia, y diaconisa de la grande iglesia de Constantinopla, per-

sona muy piadosa y bien ortodoxa, tuvo la devoción de visitar los santos Lugares de Jerusalén, y se trasladó á ellos acompañada de un primo que tenía, quien ocupaba un puesto distinguido en el Estado; pero tenía la desgracia de ser adepto de la doctrina de Severo y no comunicaba con los católicos. La piadosa Basilina tenía un extremo disgusto por verle engolfado en el error, y sabiendo por la fama cual era la virtud de las preces y exhortaciones de nuestro Santo, deseó conducirle á este pariente, á fin de que le persuadiese á entrar en el seno de la Iglesia. Pero como no era permitido á las mujeres ir á la laura, rogó á Teodoro, discípulo del Santo, que condujera allí á su pariente.

Cuando hubieron llegado á su celda, Teodoro golpeó lentamente la ventana, según su costumbre, y habiéndola el santo abierto, él se inclinó con el primo de santa Basilina, y le pidió su bendición para los dos; pero el bienaventurado Juan, á quien Dios ya había hecho conocer á este nuevo huésped, dijo á Teodoro: « Yo os doy mi bendición, pero no la doy á ese que está con vos. » — « ¿ Porqué se la negáis, Padre mío? le dijo Teodoro. Yo os suplico, mas bien que se la deis. » — « Nó, yo no le bendeciré hasta que haya abjurado de sus errores, y hasta que esté yo seguro de que renuncia á la comunión de los cismáticos y abraza la de la Iglesia católica. »

El satélite de Severo, todo asombrado de que el Santo hubiese conocido tan bien sus sentimientos, y no pudiendo dudar de que esto fuese por una luz sobrenatural, se rindió al momento y protestó que renunciaba sinceramente á sus errores. Entonces el bienaventurado Juan le bendijo, le dió los divinos sacramentos y lo reconcilió así con la Iglesia.

Un cambio tan repentino colmó de alegría el corazón de Basilina, y le inspiró un vivísimo deseo de ver por sí misma al bienaventurado Juan. Para traspasar todo obstáculo pro-

yectó en su imaginación revestirse con un hábito de hombre, y así disfrazada ir á abrirle su corazón para recibir sus santos consejos ; pero un ángel reveló su intención á nuestro Santo, quien le envió á decir lo siguiente : « Sabed que si venís, no me veréis. No os aflijáis y quedaos donde estáis. Yo os apareceré en sueño ; vos me declararéis cuanto queráis decirme, y Dios me inspirará todo lo que os debo responder. » Basilina le creyó con confianza ; y en efecto, el Santo le apareció en ensueño, y le dió todas las instrucciones que pudo desear para el bien de su alma. Ella se despertó colmada de consuelo, y agradeció al Señor la gracia que le había hecho por ministerio de su siervo. Algún tiempo después habiendo visto al discípulo del Santo, se lo pintó con unos detalles tan circunstanciados, que no pudo dudar de la verdad de la aparición. El monje Cirilo también asegura haberla aprendido de la misma boca de esta mujer.

La celda en que san Juan se estaba encerrado estaba apoyada en una roca muy alta y muy escarpada, que le servía de muralla por el lado del septentrión ; y la piedra de esta peña era tan seca, tanto por su propia cualidad, como por los ardores del sol con que era abrasada, que en ella ninguna yerba podía crecer, y mucho menos árboles. El Santo, en cierta ocasión, conferenciando con sus dos discípulos Teodoro y Juan, tenía algunas semillas de higos en la mano ; y deseando que Dios le hiciese conocer por alguna señal que le haría misericordia, les dijo : « Yo conoceré que él me concederá esta gracia, si, por un efecto de su clemencia, estos granos de higos llegan á germinar en esta roca. » Enseguida hizo una pequeña abertura en la piedra donde introdujo estos granos ; y Dios, dice el monje Cirilo, quien había hecho florecer milagrosamente la vara de Aarón, hizo que estos granos germinaran en esta roca, en la cual no había ni tierra ni humedad, sino solamente una piedra seca y casi abrasada. Poquito ó poco se levantó en

ella una higuera que subió por encima del techo de su celda y la cubrió. Luégo produjo tres higos, de los cuales el Santo comió uno y dió los otros á sus discípulos para que los comiesen, llorando de alegría y reconocimiento por la señal que Dios le había dado de su misericordia.

El monje Cirilo habiendo entrado en su celda con su discípulo, que él había abierto para servirle en su extrema vejez, vió en ella esta higuera que salía de la roca, y no pudiendo concebir como se había arraigado allí y echado ramas tan altas, examinó con atención si había alguna rendija en la peña donde hubiese tierra y humedad para nutrirla, pero ninguna pudo descubrir. Añade, por mayor prueba del milagro, que en el jardín de la laura ninguna higuera crecía, ni tampoco otros árboles á causa del calor y de la sequedad del aire ; y que si se hallaban algunos en el camino del pequeño monasterio, era esto debido á las preces de san Sabas ; que habiendo los Padres querido plantarlos á lo largo del torrente y habiéndoles regado con cuidado, no habían vivido más de un año.

Después que san Juan hubo visto el prodigio que Nuestro Señor había obrado en su favor, comprendió que su fin estaba próximo, y no se ocupó más que de este postrer momento. Vivía sobre sus ciento cuatro años cuando el monje Cirilo escribía su historia, y no se sabe cuando murió ; pero se cree que esto acaeció el año siguiente. Este historiador, quien, como lo diremos, había tenido la suerté de recibir sus consejos, y de vivir después de la muerte de san Sabas bajo sus auspicios, habiendo querido dar solamente un epitome de sus virtudes, y habiéndolo hecho en vida del Santo, dice que deja para otros el cuidado de narrar después de su muerte los combates que sostuvo en la defensa de la fé católica. Dice no obstante algo de ellos en la vida de san Sabas, que hemos narrado, así como de su retirada al monte de las Olivas con otros muchos re-

ligiosos de la laura, cuando los origenistas tuvieron la osadía de introducir en ella un abad de su secta, como lo hemos dicho en el capítulo precedente; y sin duda volvió á ella con los otros, cuando el venerable Conón la hubo purgado enteramente de los herejes.

En fin, Cirilo hace notar que por más que contara ciento cuatro años, presentaba siempre un aspecto alegre, un espíritu vigoroso, y estaba lleno de una gracia toda divina. Su historiador concluye al tenor siguiente: « Nosotros rogamos al Señor que lo corrobore y fortifique cada día más, y le conceda la gracia de consumir su curso en paz. Que este adorable Maestro sea glorificado en los siglos de los siglos. Así sea. »

FIN DEL TERCER TOMO.

INDICE

	Páginas.
San Isidoro de Pelusia	1
Doctrina espiritual de san Isidoro de Pelusia	20
Emilio, Andrés, Biarrés, Comai, Euprepio, Amonatás	36
San Nilamón, san Melas y otros solitarios de Egipto	40
Monjes de Canope y del vecindario	52
Disciplina monástica de los solitarios de Egipto	58
Doctrina Espiritual de los solitarios de Egipto.	81
Santa Sinclética, abadesa	112
Doctrina espiritual de Santa Sinclética	126
Las venerables Madres Sara y Teodora y las vírgenes Piana y Alejandra.	154

Cuarta parte.

SOLITARIOS DE LA PALESTINA.

San Hilarión, padre de los monjes de la Palestina	166
San Hesiquio y otros discípulos de san Hilarión	202
Vida monástica de los santos Porfirio, Zenón y Epifanio, obispos	207
Monasterio de Casiano en Belén. — Ermitaños de Tecue — Vida monástica de san Jerónimo	238
Santa Paula.	262
Santa Eustoquia	280
Monasterio de Jerusalén y de los arrabales.	291